

**GOTAS DE SANGRE**

**LUIS MARÍA ASCASO MORA**

1ª edición

ISBN:

DL:

Impreso en España / Printed in Spain

*Dedicatoria*

## Capítulo 1

“Tierra y sangre.”

La mente del ahora tribuno militar, Cayo Junio, perteneciente a los équitos hispanos de la novena legión, luchaba por llevarle lejos del paisaje frío y húmedo de aquella mañana. Allí, al pie del camino más próximo con dirección a Roma, esperaba sentado sobre un escudo para que no se le helase el trasero y se envolvía con un sagum<sup>1</sup> extra para evitar que la humedad de la mañana le calase los huesos. Tras años de campaña en la Galia abandonó la novena legión en las cercanías de Mediolanum mientras ésta se dirigía a Rávena. Estaba esperando en aquel solitario paraje la llegada de su hermano Quinto y la razón para ello no era otra que Cesar. Tras el fracaso de la gestiones de Marco Antonio en Roma se disponía a marchar sobre la ciudad, en respuesta a lo que consideraba un desafío por parte del Senado y su anterior amigo y aliado Pompeyo. Se avecinaban cambios, tiempos difíciles para todos, se lo decía sus tripas.

Su hermano era el único delegado que sobrevivió a la masacre en la que murieron Quinto Titurio Sabino y Lucio Aurunculeyo Cota, al haber abandonado la formación a caballo antes de que cayeran en la emboscada. Portaba un mensaje de Cota para Cesar en el que éste primero dejaba de manifiesto su descontento por haber abandonado el fuerte en contra de su opinión. Aquella misiva había salvado su vida y ahora Quinto, el nuevo paterfamilias le exigiría, y él lo sabía, que hicieran honor al juramento de amistad entre su ya fallecido padre y Pompeyo. Ya que si bien Cayo le debía el reconocimiento a sus acciones militares a Cesar, la familia le debía y mucho su prosperidad al viejo general. Dentro de poco, si no había ocurrido ya, lo echarían de menos en el recuento y darían por supuesto que había cambiado de bando por lo que para sus hermanos de armas sería un traidor o en el mejor de los casos alguien en el otro bando a quien pedir ayuda si fracasaban. Sólo mitigaba que se sintiera mal por la pérdida de sus compañeros que sabía que a pesar de todo contaría con algún amigo y que él como su hermano también creía sinceramente que no era legítimo amenazar al Senado.

Hacía ya dos años desde que pasara, durante una cálida mañana de Mayo, junto a la hermosa Claudia por entre las familias que habían decidido pasar el día en el campo, cerca de la vía Sacra. Aún era capaz de recrear en sus recuerdos el aroma de las flores, el sol dorando suavemente su rostro y las risas de los niños que jugaban corriendo entre los grupos de esclavos ocupados en los preparativos para el almuerzo. Se había apoyado

tanto en aquellos recuerdos durante los malos momentos que ahora estaban arraigados en lo más profundo de su ser. Era un día magnífico, máxime cuando ya no le agobiaba pensar que el consentimiento del padre de Claudia a su matrimonio estaba supeditado a la campaña de la Galia. Él y lo que era más importante: ella, confiaban en que saldría reforzado de esa guerra y finalmente obtendría el tan ansiado ascenso a tribuno militar, tal y como finalmente había sucedido.

Le sacó finalmente de sus pensamientos el relinchar nervioso de su caballo, se levantó y miró con detenimiento a su alrededor preguntándose si Cesar habría enviado a alguien tras él. Pero no vio nada extraño, por lo que volvió a involucrase en el sagum permaneciendo más atento por si algo se movía de entre los árboles, pero nada sucedió, durante un buen rato no percibió más movimientos que los de su inquieta montura. No se sintió más tranquilo hasta que finalmente pudo divisar a su hermano que se acercaba a caballo acompañado de lo que parecía un grupo de cuatro germanos de la caballería auxiliar. Los hermanos Junio se abrazaron a modo de sincero saludo y Quinto se quedó mirando a su hermano pequeño. Cayo había heredado de la familia de su madre el cabello castaño claro y algunos pelos rojizos que se alternaban en su barba. Era tan alto y fuerte como el abuelo al que por su estatura le llamaban “el germano”, un apodo que a él no le hacía ninguna gracia, pero su casi un metro ochenta de estatura le adjudicó ese mote sin que pudiera hacer nada por evitarlo. Hacía dos años que no se veían y la guerra había endurecido su porte y expresión aparentando más de los veintiocho años que en realidad tenía. Al menos él había heredado los ojos verdes de su madre, Cayo tenía los ojos marrones de la familia de su padre. Quinto salió de su letargo para enfrentarse a las quejas que ya veía reflejadas en la mirada de su hermano pequeño.

— Espero que realmente lo tengas claro Quinto, porque yo no lo tengo demasiado.— La actitud de Cayo dejaba entrever que obedecía a regañadientes a pesar de compartían la misma opinión.

— No hacemos esto a la ligera, lo que pretende Cesar no es legal. Nosotros nos debemos al Senado de Roma y por partida doble a Pompeyo. — Quinto puso su mano sobre un hombro de su hermano para a continuación retomar su discurso. — Entiendo tu lealtad hacia Cesar, has combatido junto a él y sé que te tiene estima pero aquí no se trata de amistades personales, él va contra el Senado al que tú juraste fidelidad. Será derrotado Cayo, no te quepa la menor duda y no puedes tirar por la borda todo tu esfuerzo para terminar convirtiéndote en un traidor a Roma.

— Tampoco tengo claro que vaya a ser derrotado tan fácilmente como dices hermano. Lo conoces, es un hombre de recursos. — Para Cayo subestimar a Cesar era casi hacer lo mismo con sus propios éxitos militares.

— Llevo un mensaje del general Tito Labieno para Pompeyo, sí Cayo, del mismísimo Tito Labieno. Confía en que Cesar ceje en su empeño antes de llegar a Roma pero si finalmente se enfrenta al Senado ten por seguro que sabrá tomar la decisión correcta. Ya ves, Cesar no las tiene todas consigo.

Cayo inspiró ruidosamente rindiéndose ante las evidencias mostradas por Quinto. Claro que Cesar no tenía razón, o al menos estaba seguro de que esas no eran maneras de hacerse valer. Sin mediar palabra se dirigió hacia su caballo y montó en él. Iba a ser un camino largo hacia Roma y con poco tiempo para descansar pero al menos se podría reunir antes con Claudia. Las cuestiones políticas de aquel asunto tendría que dejarlas en manos de su hermano, quien le observaba complacido porque se hubiese mostrado tan razonable. No en vano la guerra había enfriado el carácter impetuoso de Cayo, quien tras perder a su esposa y al hijo que esperaban cuatro años atrás había entrado en una dinámica que había hecho pensar a su familia que podría perder el norte. Afortunadamente la joven Claudia había podido conseguir ilusionarlo de nuevo.

Por supuesto no iba a compartir con Cayo que la lealtad de Tito Labieno estaba más supeditada a sus aspiraciones, frustradas a su entender por la avaricia de Cesar, que por un sentido estricto de lealtad a la república. Esos temas eran mejor no tratarlos con él, eran su “negocio”. Finalmente los dos hermanos y los cuatro germanos se pusieron en marcha hacia Roma.

Catón le estaba produciendo una incipiente jaqueca a Pompeyo, el cual no podía evitar pensar que la visita del senador se estaba alargando más de la cuenta. Ahora era la mano ejecutora y protectora de Roma y se sentía cómodo en ese papel. Acudían a él, el ya no tan viejo león, para mitigar sus preocupaciones y temores. Cesar volaba por encima de sus posibilidades y estaba mostrando una confianza propia de alguien que se ve cegado por el triunfo de sus campañas y Pompeyo estaba dispuesto a cortarle las alas.

Pronto llegarían más senadores a la ostentosa casa, atraídos por las informaciones de los espías de Pompeyo que anunciaban que Cesar podría estar ya llegando a Rímini con dirección a Roma. Hasta entonces tendría que aguantar a Catón despotricando sobre la traición de aquellos que se señalaban como partidarios del sublevado. Desde la declaración de Escipión en el senado y la salida de los tribunos de la plebe Marco Antonio y Quinto Casio, la guerra ya era un hecho para todos. Pompeyo había dado orden de reunir a sus legiones y pronto estarían preparadas para el combate, una mera formalidad a su entender que recalcaría su papel de “Salvador de la patria”.

— Amo, el senador Marco Claudio Marcelo ha... — Al esclavo no le dio tiempo de terminar la frase cuando Marcelo lo sobrepasó.

- Buenas tardes señores, he venido en cuanto me he enterado. Así que Cesar ha decidido finalmente marchar sobre Roma. ¡Que iluso por los dioses! ¿En qué piensa ese hombre?
- Tranquilízate amigo, eres propenso a exaltarte con estos temas. — Pompeyo hizo una señal con la mano al esclavo para que se retirase.
- Bueno, creo que no se trata, por muy absurda que sea su decisión, de tomárselo demasiado a la ligera. Doy por hecho que ya habréis tomado medidas...
- ¡Y así es, he ordenado que se reúnan mis legiones! ¡Cesar se estrellará contra ellas y será el fin de su innoble aventura! — Pompeyo se sentía como si confortara a unas asustadas mujeres, eran hombres que a su juicio temblaban a la más mínima amenaza de su estatus.
- Tenéis razón, no creo que debamos preocuparnos en exceso, sería otorgarle a Cesar más importancia de la que en realidad se merece. — Marcelo se encontraba ahora más calmado y se permitía servirse un vaso de vino casi sin agua.
- ¡Tranquilizaros los dos, por los dioses, me alteráis más que la amenaza de Cesar! — El viejo general empezaba a estar harto de tanto darle vueltas al tema.
- Lo siento Pompeyo, pero debes entender que no somos hombres de armas como es tu caso y nos sentimos algo más perdidos en estos temas. — Catón quería justificarse y alejar la imagen de histeria que había visto en Marcelo y que le había hecho pensar que quizás él mismo antes hubiese dado esa impresión.

Poco después comenzaron a llegar más senadores buscando respuestas tranquilizadoras de boca de Pompeyo y éste tuvo que hacer de paciente anfitrión hasta ya entrada la noche. El orgullo de Pompeyo iba creciendo según lo iba haciendo el número de invitados a su casa y no perdió la oportunidad para sacar de la memoria antiguas victorias y campañas. Algo que no hacía sólo por pura vanidad sino para remarcar su currículum, el cual debía de ser suficiente para que los senadores confiaran ciegamente en su pericia militar.

Parecía que los germanos que los escoltaban no fuesen conscientes de dónde se habían metido. Nunca miraban hacia atrás ante la posibilidad de que los estuvieran siguiendo, era Cayo y su hermano los que se veían obligados a realizar esa intranquila tarea. Así se alternaron durante el camino largos momentos de silencio entre los dos, seguidos de algunos comentarios fútiles sobre noticias de casa y de algunos conocidos. El invierno se dejaba notar y durante dos días tuvieron que cabalgar bajo una constante

y fina lluvia que les heló los huesos. Finalmente al terminar la jornada y sin que hubiese el menor rastro de ser seguidos decidieron dormir bajo techo en un chamizo del que los germanos echaron a la familia de campesinos que vivía allí. Cayo no veía aparentemente mucha diferencia entre un establo para animales y lo que aquella familia consideraba hogar, pero era de agradecer un confortante fuego y una comida caliente tras tan dura marcha. Así los dos hermanos, sentados frente a la lumbre, trataron temas más familiares:

- En cuanto llegemos iré a ver a Claudia. — Cayo colocó sus sandalias cerca del fuego para que el empapado cuero se secara. A la mañana siguiente estaría demasiado rígidas y decidió que dormiría con ellas puestas mientras conservaran aun un poco de humedad.
- Tendrás que esperar un poco, antes deberás acompañarme para ver a Pompeyo y a los senadores, quiero que sepan quién eres, hay que dejar clara nuestra posición en todo este asunto. Después podrás ir a verla y contarás con la bendición de su padre ya que también está contra Cesar. — Quinto miraba a su hermano con cariño, estaba seguro de que su boda con Claudia le devolvería la tranquilidad y la paz que necesitaba.
- Es cierto, de una forma u otra he llegado a tribuno como me proponía... — Una sombra de duda nubló visiblemente la mente de Cayo — ¿Pompeyo y el senado reconocerá mi ascenso?
- ¡Por supuesto! Lo obtuviste por derecho propio durante la guerra, la traición de Cesar es posterior a ésta y tú has sabido permanecer fiel a la república. No te preocupes, tal vez incluso seas ascendido, Pompeyo sabe recompensar a quienes lo merecen. Ya tengo ganas de que me des algunos sobrinos a quienes contarles mis batallitas.
- ¡Ya, claro! ¡Para que los aburras sin misericordia! — Cayo esbozó una sonrisa ante la expectativa. —... escucharán las mías. ¡Son heroicas y divertidas! Las tuyas son de aburrida política.
- Ja, ja, ja. Por supuesto: “El pelmazo del tío Quinto” ¿No?

Al despertar los dos se sentían descansados y en forma pero pronto Quinto descubrió que la experiencia militar de Cayo le había dado una lección. Éste se había levantado con las sandalias puestas y cuando él se calzó las suyas tuvo que enfrentarse a un áspero y duro cuero que parecía haber olvidado la forma de sus pies. Desayunaron

algo de carne seca acompañada de agua mientras Cayo le comentaba a su hermano que no sólo echaba de menos a la hermosa Claudia, sino que debía confesar que también pensaba con cariño en la pequeña Lidia, la hija del anterior matrimonio de ella y a quien ya quería como un padre. Y señalando a su hermano con el dedo índice le hizo jurar que después de la boda, Lidia pasaría a ser su primera sobrina y la más querida, algo a lo que Quinto accedió entre carcajadas.

Salieron al exterior y un cálido sol anunciaba una tregua para el resto del camino, los germanos ya los esperaban montados y todos se pusieron de nuevo en camino. Un viaje que ahora se hacía más llevadero gracias al buen tiempo y que al parecer animó a otros a emprender camino, ya que tras cuatro horas de marcha se encontraron con una pequeña comitiva formada por un ciudadano romano, dedicado al comercio de tejidos, que volvía a Roma junto a cuatro esclavos y una carreta de suministros para el viaje. Después de presentarse a los dos hermanos les pidió que les dejaran unirse ellos, a lo que accedieron éstos a condición de que mantuvieran un ritmo adecuado. El comerciante estaba visiblemente contento de la escolta armada con la que contaba y a cambio estaba dispuesto a mejorar considerable la dieta de ellos. Al parecer según les contó volvía a Roma temeroso de que el enfrentamiento entre Cesar y Pompeyo trajera desórdenes a la ciudad y corriera peligro de incendio o pillaje su almacén de telas. Quinto observó que aquel hombre no daba ninguna opinión sobre dicho enfrentamiento y que su interés se limitaba tan sólo a sus negocios o tal vez no quería hacerlo hasta que ellos declaran primero de qué bando estaban, tras lo cual y sin ninguna duda se mostraría partidario de la misma causa que ellos. Él no lo iba a preguntarlo directamente y ellos no iban a sacar el tema, así que todo se reduciría a un mutuo interés por llegar a Roma pronto, sanos y salvos. Pero fue de agradecer y así lo destacaron los dos hermanos, que al acabar la jornada contarán con una comida decente e incluso algo de vino y conversación.

Esa noche el hombre de negocios que había en Quinto hizo su aparición cuando el mercader sacó el tema del comercio de caballos. Los dos se enfrascaron en una larga e intensa conversación que a Cayo terminó pareciéndole de lo más aburrida. Parecía que aquellos dos habían olvidado el cansancio de la jornada y él por lo contrario, ayudado del vino, cada vez tenía más sueño hasta que finalmente terminó por dormirse con la conversación de los otros dos de fondo. A la mañana siguiente la factura estaba presente en el rostro del comerciante y de Quinto, bebieron más de lo aconsejado y durmieron menos de lo que deberían por lo que parecían agotados y pasaron varias horas antes de que estuviesen dispuestos a hablar de nuevo. Una tregua que Cayo aprovechó para fantasear con su reencuentro con Claudia y la pequeña Lidia, un reencuentro que estaba lleno de alegría y risas. Y como el hombre es el único animal que tropieza dos y hasta tres veces con la misma piedra, el comerciante y Quinto volvieron a caer las siguientes noches en largas conversaciones. En la tarde del día siguiente llegarían por fin a Roma y decidieron azuzar más la marcha de los animales con el fin de asegurarse llegar antes del anochecer.

La casa estaba en completo silencio, sólo se escuchaba a una voz masculina que a duras penas farfullaba algunas maldiciones que, a causa de su elevado tono de voz, apenas se entendían. El padre de Claudia había sufrido un ictus el verano pasado y tenía paralizado el lado izquierdo del cuerpo. Le costaba hablar y a pesar de que su enfado le pedía incorporarse no podía hacerlo sin la ayuda de un esclavo. Por su parte su esposa parecía no responder a razones, lloraba desconsolada y parecía que nada pudiera tranquilizarla, en el patio del atrio estaba aún sobre el frío mármol el cadáver de la anciana esclava encargada de vigilar a Claudia. Se había dejado embaucar, llevada por el cariño que le tenía a ella pues la había cuidado desde que tenía seis años, y creyó firmemente que volvería esa misma noche, antes de que nadie se diera cuenta. Pero no había sucedido así, caía la tarde y aún no se sabía nada de Claudia ni de Lidia.

Y es que hacía ya seis meses que las malas compañías llevaron a Claudia a unirse a unos indeseables, adoradores de dioses paganos, creyéndose, al menos eso sospechaba su madre, enamorada de su misterioso líder. Sus padres, en un principio, habían creído poder atajar aquel asunto recluyéndola durante el último mes en casa, pero la anciana esclava dio al traste con todos sus esfuerzos. Ahora sólo tenían la opción de esperar a que volvieran los esclavos de la casa que enviaron a buscar información sobre su panadero. Para colmo de males la ciudad ya sabía de la inminente llegada de Cesar y de la partida de gran parte del senado. Las calles eran un caos; los que tenían algo que perder aseguraban sus hogares y propiedades lo mejor que podían, contratándose en esos días a todos los mercenarios disponibles de la ciudad y aprovechando otros la confusión para ajustar cuentas. Para colmo de males con la milicia de la ciudad no podían contar para buscar y rescatar a su hija. Era una jornada difícil para todos y extraordinariamente peligrosa hasta el punto de que algunos, ingenuamente, habían contratado mercenarios sin mucho conocimiento de causa y fueron asesinados y robados por los mismos hombres que debían protegerlos. Pero lo peor era sin duda la impotencia que se sentía el padre de Claudia, dispuesto a recuperar a su hija aunque para ello tuviese que ir arrastrándose con la ayuda de un esclavo, y la desesperación de una madre, que no podía evitar sentir en sus tripas y corazón cada peligro que imaginaba como posible para sus niñas.

Según se acercaban a la ciudad Quinto y Cayo vieron crecer su inquietud al contemplar el movimiento de comitivas que la abandonaban por todas sus puertas. Se separaron del comerciante casi sin despedirse y tuvieron que parar a un centurión para que les pusieran al día del porqué de todo aquello: Ya se sabía por toda la ciudad de que Cesar hacía cruzado el Rubicón hacía cinco días y que el senado daba por perdida la ciudad. Tras escuchar esas noticias se dirigieron lo más rápidamente posible hacia la casa de Pompeyo quien, según creía el centurión, aún permanecía en la ciudad. Pasaron no sin dificultad por la puerta Fontina con Cayo al frente haciendo valer su condición de Tribuno militar ante los guardias y para cuando por fin llegaron a las puertas de la casa de Pompeyo vieron los preparativos que los esclavos hacían ante la marcha inminente de su amo. Había congregados soldados de Pompeyo en la puerta y muy a su pesar debieron esperar a que consultaran con su general. Pasaron diez largos minutos hasta que un esclavo les pidió que le acompañasen al interior de la casa, cuando por fin llegaron a la estancia en la que estaba Pompeyo, su esposa y Catón, los dos hermanos saludaron a los allí presentes.

— Soy Quinto Junio y éste es mi hermano Cayo. Traigo un mensaje de Tito Labieno para Pompeyo y el senado de Roma. — Quinto impregnó a sus palabras de una cierta complicidad que alejara su papel del de simple mensajero.

— Sé quién eres Quinto, aun eras un jovencito cuando te conocí, pero te recuerdo. Siento mucho la muerte de tu padre, era alguien a quien apreciaba sinceramente y me alegra el corazón ver que sus hijos le hacen honor.

— Nuestra lealtad está con el senado y con usted. — Quinto le tendió de inmediato el mensaje a Pompeyo quien pasó a leerlo con suma atención.

Todos permanecieron en un tenso silencio mientras leía la carta. Catón se acercó a él con el fin de que le pasara la misiva una vez la leyera, cuando terminó y como había imaginado le pasó la carta.

— Sin duda estas son buenas noticias, Tito Labieno está de nuestra parte y se unirá a nosotros al mando de más de tres mil jinetes galos y germanos. ¡Cesar se va quedando cada vez más solo! — Pompeyo vio la incertidumbre en el rostro de Quinto y Cayo y quiso tranquilizarlos. — Me imagino que no estaréis al tanto de lo sucedido, veréis mis legiones no estarán listas hasta dentro de unos días y esa es la única razón de nuestra marcha... no contábamos con que Cesar llegaría tan pronto. Pero no os preocupéis, en una semana o dos ya estará derrotado.

— Lo entendemos señor, de hecho Cesar se ha movido con muy pocas fuerzas para poder llegar a tiempo. Sin duda un número ideal para sorprender pero no para

enfrentarse a vuestras tropas. — Cayo se metió en la conversación si el permiso de su hermano mayor.

— Yo no lo habría explicado mejor... tribuno. — Pompeyo miró a Cayo con atención. — ¿En qué legión servíais?

— En la novena, señor. — Cayo se mostró todo lo digno que pudo.

— ¡Y aún así habéis sabido comportaros con honor! — Para Catón esa exigua representación de la novena era suficiente para darle la razón.

— Vuestra lealtad será recompensada Cayo Junio, no os quepa duda. — Pompeyo hizo una pausa meditando las opciones que tenía con aquel Tribuno con quien no tenía previsto contar. — Tendréis el mando de una legión y el honor de enfrentaros a los traidores.

— ¡Gracias señor! ¡Espero ser digno de tan gran honor! — La recompensa había llegado para él aún más rápido de lo que hubiese imaginado. Ser nombrado general era algo a lo que no había aspirado tan pronto y le había dejado completamente sorprendido.

— En cuanto a ti, Quinto, aun tengo que pedirte que realices otras tareas para nosotros. Pero hay tiempo para ello, prepara tus cosas para partir y luego hablaremos.

— Si señor, como digáis. Lo prepararemos todo.

Los dos hermanos se despidieron y salieron de la sala dispuestos a preparar el viaje. Mientras, Catón mostraba su curiosidad por cómo se mostraba Pompeyo de generoso con aquellos dos.

— Son hispanos, ¿No? — Catón miraba interrogante, no entendía el que era, a su juicio, un innecesario honor que acababa de conferir a ese individuo.

— Si, así es. Su padre me debía la ciudadanía y varios favores que me devolvió cuando fue necesario. Es una familia que conviene tomar en consideración, tienen dinero, mucho dinero, magníficos caballos y lo que es más importante: pueden movilizar a muchos hombres. Es conveniente saber recompensar su lealtad, ¿Quién sabe si los necesitare en un futuro?

— Doy por supuesto que sabes bien lo que haces... — Catón vio en aquel comentario un rastro del origen plebeyo de Pompeyo que les daba una oportunidad de prosperar a aquellos dos.

— No os sorprendáis tanto. Le daré el mando de una legión formada por los novatos, los soldados poco recomendables que quedan aquí y los que lucharon junto a Cesar. Una cuyo mando no querría aceptar nadie en su sano juicio y que interpondré entre las fuerzas de Cesar y nosotros a fin de ganar tiempo. Si finalmente Cesar avanza rápidamente hacia nosotros Cayo Junio tendrá que enfrentarse a él sin esperar refuerzos. Por muy mal que lo haga al menos ganaríamos un día o dos y en nuestra situación eso es mucho tiempo. — Pompeyo no necesitó que Catón dijera nada, su expresión de admiración por su talento militar le era suficiente.

Quinto no podía disimular que el ascenso de su hermano también le había cogido por sorpresa. Estaba claro que Pompeyo lo mandaría al frente del primer ataque y que se ganaría los galones, y conociendo a su hermano si su legión caía él tampoco querría sobrevivir y encontraría la muerte junto a sus hombres. Sin duda Pompeyo tenía algo planeado para él y también tendría su recompensa pero en esos momentos no le importaban gran cosa. Lo que le preocupaba era que Cesar resultara al final un hueso duro de roer que le arrebatara a su hermano. Pero esos oscuros pensamientos se vieron interrumpidos cuando Cayo le pidió permiso para visitar a Claudia. Se le veía orgulloso, volvería como general, más de lo que el padre de ella, y él mismo, habría esperado. Quinto accedió a ser él quien hiciera los preparativos para la marcha y despidió a su hermano.

Cayo llegó a las puertas de la casa de Claudia, una fachada pintada en dos franjas: una inferior de color rojo sangre que llegaba hasta la base de las ventanas y otra que llegaba al techo en un color ocre muy amarillento que hacían que la casa pareciera mayor de lo que en realidad era. Le abrió un esclavo y él se anunció a sí mismo como el general Cayo Junio. Algo que creyó que sorprendió al esclavo por la cara que puso. Pero el ambiente de la casa era el culpable de aquella expresión y cuando le condujeron hacia donde se encontraba el padre fue cada vez más consciente de que algo malo pasaba.

— ¡General... nada menos que general... no te imaginas lo orgulloso que estamos de ti. — Lucius Livius, el padre de Claudia, se debatía entre la angustia y la cortesía.

— ¿Os encontráis bien? — Cayo se sintió impresionado por el delicado estado de su futuro suegro.

— Un ictus le ha paralizado parcialmente... — Sabina, la madre, seguía sin poder evitar que las lágrimas cayeran por su rostro.

Cayo volvió a examinar a los dos. Algo no encajaba, aquellas lágrimas no eran por su marido, algo malo había pasado y se temió lo peor:

— ¿Y Claudia? ¿Y Lidia? — Fue pronunciar esas palabras y Sabina rompió de nuevo a llorar.

— Verás Cayo, hijo mío...

El padre narró los problemas que habían tenido a raíz de que una secta religiosa, contraria a las buenas costumbres y a los dioses de Roma, hubiese embaucado a la incauta y confiada Claudia. Naturalmente obvió los detalles sobre la sospecha que existía de que su hija mantuviera relaciones con el líder de ésta, ya que en realidad no estaba demostrado y Cayo podría pasar por alto el tema religioso pero no el amoroso. Él era ahora el único hombre de la casa capaz de salir en su búsqueda y traerlas de vuelta. Si habían de perderlo como yerno que al menos fuese una vez recuperadas su hija y su nieta, por los dioses, al menos a la pequeña Lidia.

Cayo escuchó con disgusto el relato del porqué de la desaparición de su prometida, de cómo lo que en un principio fue sólo un espectáculo terminó por convertirse en un tema serio. Al parecer Claudia afirmaba que había presenciado, tras una cena en casa de una amiga, cómo el líder de la secta llevaba a cabo un milagro<sup>1</sup> ante sus ojos. Su padre que al principio no otorgó mucha importancia a lo sucedido y se limitó a explicarle, mientras cenaban todos en familia, que se trataría sin lugar a dudas de un truco. Claudia no volvió a hablar del tema pero en secreto siguió en contacto con la secta convencida de la veracidad de lo que presenció. Mientras, la por otro lado supersticiosa esclava encargada de cuidar de ella faltaba a su deber y servía de cómplice a sus cada vez más frecuentes escapadas nocturnas. Para cuando se dieron cuenta el daño estaba hecho, el padre le prohibió salir de casa desde hacía un mes y cuando creían que ya estaba bajo control, la esclava una vez más sirvió de tapadera para una nueva fuga, haciendo creer a los de la casa que Claudia estaba en su cuarto con su hija. Llevaba agua al dormitorio, algunos dulces de higos y atendía a supuestos recados como si de verdad su ama se los estuviera ordenando, pero cuando la madre sospechó que algo no encajaba y entró en el dormitorio encontró todo lo llevado por la esclava, pero ni rastro de su hija y de su nieta.

---

<sup>1</sup> En latín: *miraculum* "contemplar con admiración, con asombro o con estupefacción". No tiene que ver con el significado cristiano que implica a una deidad.

No consiguieron sacarle gran información antes de que muriera a causa del castigo, tan sólo una zona de la ciudad que los intranquilizó aún más... había oído decir que la secta residía en el Aventino. Aun así el padre envió a sus más fieles esclavos allí con el fin de averiguar con exactitud dónde se encontraban. El caos en el que estaba sumida la ciudad sin duda complicaría más esta tarea pero era lo único que podía hacer estando tan impedido.

Cayo no ocultaba su disgusto, pero rebajó la responsabilidad de su suegro en todo el asunto debido a su enfermedad. Era cierto que Claudia podía describirse como una mujer cándida, a veces en exceso, pero esa característica era precisamente una de las que le habían atraído de ella. Resolvería ese asunto de la forma más discreta posible y daría muerte a esa secta, con lo que acabaría de un plumazo con todo el problema. “¡A ver qué clase de milagro realizaba ese líder con su gladius<sup>2</sup> atravesándolo de lado a lado!” Pensaba para sus adentros Cayo.

No tuvieron que esperar mucho hasta que fueron volviendo, casi sin aliento, los esclavos enviados a investigar, pero lamentablemente uno de los tres al parecer había aprovechado la confusión para huir y sólo uno de los que regresaron tenía información más o menos exacta del panadero de ellas. Encontró una esclava que afirmaba que sabía de primera mano que se reunían en las bodegas y almacenes subterráneos de una taberna en territorio de una banda frecuentado por criminales. Cayo echó un vistazo rápido a los tres esclavos con los que contaría y tras ordenarles que se armaran decidió no perder más tiempo e ir a rescatarlas. Y se trataba precisamente de eso, “de rescatarlas” porque por momentos Cayo estaba más convencido de que Claudia había sido víctima de su propia inocencia y de la falta de escrúpulos de esos canallas.

Quinto lo tenía todo preparado y esperaba encontrarse con la comitiva de Pompeyo a la salida de la ciudad por la vía Apia en dirección a Capua. Pero su hermano no hacía más que retrasarse, ya era de noche y hacía rato que tendrían que haberse reunido. Le tranquilizaba un poco que Cayo era muy responsable y un consumado jinete, podría llegar en cualquier momento, pero no sería positivo para su causa que Pompeyo no lo encontrara allí, quedaría como alguien poco formal. Y al poco, como temía, la comitiva apareció antes de que volviera Cayo, no obstante se presentó aparentando normalidad y le explicó a Pompeyo que la causa del retraso de su hermano como algo momentáneo. El cónsul lo miró con detenimiento antes de por fin romper el silencio:

---

<sup>2</sup> Espada corta roma de origen hispano.

— Quinto, no te preocupes, supongo que pronto se unirá a nosotros. De hecho su retraso me ha dado una idea: Quiero que supervises tú y tu hermano el registro de los hombres que finalmente han reclutado como espías Marco Rufo y Marco Calidio, así como las rutas que éstos utilizarán para transmitir la información, sé que en estos temas estás bastante mejor preparado que ellos. Quiero estar seguro de que no nos quedaremos sin ojos ni oídos en Roma.

— Por su puesto, así se hará señor. Podéis confiar en que no os fallaremos. — Quinto se vio aliviado en parte por la poca importancia que le dio al retraso de su hermano.

— Mis hombres se harán cargo de vuestros equipajes, espero que todo os vaya bien y que los dioses os protejan. — Pompeyo se había quitado un peso de encima, llevaba rato mascullando si en aras de la discreción no había encargado la tarea a unos inexpertos.

Quinto se despidió de la comitiva y se dirigió de vuelta a la ciudad en dirección a la casa de Claudia. El tráfico era horrible, todos aquellos que estaban vinculados con los senadores que huían lo hacían también ellos, y para colmo de males habían tenido todos la misma idea; en lugar de marchar de la ciudad escalonadamente esperaban a las comitivas de los senadores para unirse a ellas a fin de contar con más protección, con lo que el caos estaba asegurado. Quinto se imaginó que al igual que el comerciante que los acompañó parte del trayecto, otros que no podían permitirse abandonar sus almacenes y negocios, tendrían que quedarse y jugarse su porvenir arrojándose a los pies de Cesar. Sin duda eran malos tiempos para la república y con este pensamiento decidió atajar por unas callejuelas a fin de evitar las comitivas. Era inquietante que la mayoría de las casas estuvieran cerradas a cal y canto, se podía decir que si no tenías que huir de la ciudad aquella noche no se te había perdido nada en sus calles. Finalmente se vio obligado a desmontar ya que debía apartar continuamente cestas y obstáculos que se habían abandonado y que le dificultaba el paso entre las estrechas callejuelas que olían a orina.

No lo vio venir, como un resorte, un tablón de madera se estrelló saliendo tras una esquina en su cara. El golpe le dejó aturdido y sin visión, cayendo muy a su pesar de rodillas. Su atacante salió de detrás de aquella fatídica esquina y sin mediar palabra le asestó un último golpe que le quebró el cráneo con un sonido casi hueco. El individuo, un esclavo que aprovechaba la confusión para huir, miró nervioso a su alrededor mientras le quitaba la ropa a Quinto y se llevaba su caballo. Allí bajo la luna como única testigo quedaba tendido el cuerpo desnudo del antes Quinto Junio, formándose poco a poco en el suelo una cada vez mayor aureola de sangre alrededor de su cabeza.

Cuando Cayo acompañado de los tres esclavos se encontró con una de las últimas patrullas de soldados que quedaban en la ciudad no lo dudó. Eran doce hombres

al mando de un centurión, cuando llegó a la altura de la patrulla los paró comprobó que se trataba de novatos, casi unos chicos a los que precedía un experimentado veterano. Se identificó con su nuevo rango y de inmediato vio reflejado en el rostro del centurión que haría lo posible para que no lo liaran con ningún tema ahora que se disponía a abandonar la ciudad. Cayo sabía por experiencia que le saldría con una falsa orden para librarse y decidió adelantarse al problema:

— Necesito cuatro hombres. Tienen que acompañarme. — No era una petición sino una orden.

— ¡Por supuesto mi general! — El centurión se vio visiblemente aliviado por el poco alcance de la orden de aquel desconocido general y no puso el menor reparo en sacar a cuatro de aquellos jóvenes de la formación.

Como cualquier recluta, los cuatro soldados se vieron intimidados enseguida por estar bajo las órdenes directas de un general y se mostraron dispuestos a acatar lo que se les ordenase. En ese punto el centurión apresuró el paso con los suyos no fuera a cambiar de opinión y lo reclutara también a él. Como única explicación les dijo a los soldados que se disponían a rescatar a dos jóvenes romanas que habían sido secuestradas por unos criminales aprovechando la confusión de aquel día. Así fue como Cayo se dirigió al Aventino contando ya con siete hombres, un número que estimó más que suficiente para la tarea que tenían que llevar a cabo.